

Composición

Revista de filosofía habitable



Composición. Revista de filosofía habitable · Vol. 1, núm. 4 · 3 de julio de 2026

Inteligencia artificial y subjetividad: técnica, symploké y producción contemporánea del sujeto

Jorge Santoveña Martín

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

Resumen

El Composicionismo concibe la inteligencia artificial no como una herramienta neutra ni como un ente autónomo, sino como una mediación técnica constitutiva que reorganiza la producción de subjetividad a escala masiva. Este artículo analiza cómo la IA actúa como nuevo régimen de técnica y caverna, configurando *eros*, atención, memoria y formas de vida. Se examinan sus implicaciones ontológicas, gnoseológicas y normativas, y se evalúa su contribución a la consistencia objetiva del todo común o a su captura parcial.

Palabras clave: *Composicionismo, inteligencia artificial, subjetividad producida, mediación constitutiva, caverna algorítmica, eros capturado, symploké material.*

Abstract

Composicionism conceives artificial intelligence neither as a neutral tool nor as an autonomous entity, but as a constitutive technical mediation that reorganizes the production of subjectivity on a massive scale. This article analyzes how AI acts as a new regime of technique and cave, configuring *eros*, attention, memory, and forms of life. Its ontological, epistemological, and normative implications are examined, and its contribution to the objective consistency of the common whole—or to its partial capture—is evaluated.

Keywords: *Composicionism, artificial intelligence, produced subjectivity, constitutive mediation, algorithmic cave, captured eros, material symploké.*

1. Introducción: la IA como nuevo régimen técnico

La inteligencia artificial no es un desarrollo tecnológico más. No constituye simplemente una innovación adicional dentro de la serie de instrumentos con los que la humanidad ha ampliado históricamente su capacidad de cálculo, de predicción o de intervención sobre el mundo. Su especificidad reside en que actúa como una de las formas más avanzadas de mediación constitutiva en la contemporaneidad: una técnica que no solo transforma objetos exteriores, sino que interviene directamente en la producción de subjetividad, percepción, memoria, atención y deseo.

Pensar la IA desde el Composicionismo exige abandonar de entrada dos enfoques igualmente insuficientes. El primero es el enfoque instrumentalista ingenuo, según el cual la inteligencia artificial sería una herramienta neutral cuyo valor dependería exclusivamente del uso que los seres humanos hagan de ella. El segundo es el enfoque hipostatizador, según el cual la IA estaría adquiriendo una autonomía casi sustantiva, convirtiéndose en una especie de nuevo sujeto histórico. El Composicionismo propone una tercera vía: pensar la IA como una forma material objetiva emergente, inserta en la *symploké* de la técnica, del poder, del *eros* y de la producción de subjetividad.

Esto implica entender la inteligencia artificial no como algo exterior al sujeto, sino como parte de las mediaciones a través de las cuales el sujeto contemporáneo se constituye. La IA no solo ejecuta funciones; reorganiza la experiencia. No solo procesa información; participa en la producción de formas de percepción, de orientación afectiva, de visibilidad social y de relación con el mundo. No se añade a una subjetividad ya formada: interviene en el modo mismo en que esa subjetividad se compone. La potencia específica de la IA reside en que esta intervención se produce a escala masiva, adaptativa y en tiempo real.

Desde el punto de vista composicionista, esta modificación debe analizarse a partir de los cinco ejes del sistema. La IA es, en primer lugar, una forma material objetiva que reconfigura relaciones dentro de la *symploké*. En segundo lugar, interviene directamente en la producción de subjetividad. En tercer lugar, reorganiza los regímenes de apariencia y constituye una nueva figura de la caverna. En cuarto lugar, captura y redistribuye el *eros*. Y en quinto lugar, afecta de manera estructural a la composición del todo común.

Lejos de ser neutra o inevitable, la IA es una configuración histórica del poder. La cuestión fundamental no es si la IA «avanza» o «progres» en términos abstractos, sino qué tipo de mundo compone. Puede servir a la composición no destructiva del mundo común o convertirse en el régimen más eficaz de captura contemporánea. Esta ambivalencia no debe resolverse ni en clave tecnofóbica ni en clave tecnoutópica. El Composicionismo rechaza ambos extremos: la inteligencia artificial debe evaluarse composicionistamente, según su contribución efectiva a la consistencia objetiva del todo común.

2. La IA como mediación constitutiva

Según el eje 1 —forma material objetiva— y el eje 2 —subjetividad producida—, la inteligencia artificial no puede ser pensada como un instrumento externo al sujeto. Es una mediación técnica que interviene en la producción misma de la subjetividad. Llamarla mediación constitutiva significa reconocer que no actúa solo sobre objetos o tareas, sino sobre las condiciones mismas a través de las cuales el sujeto percibe, recuerda, selecciona, anticipa y desea. No se limita a facilitar operaciones previamente definidas; modifica el marco en el que esas operaciones adquieren sentido.¹

La IA reconfigura atención y memoria a través de algoritmos de recomendación, filtrado y personalización. Esto implica que el sujeto contemporáneo ya no se relaciona con un campo relativamente abierto de experiencias, sino con un entorno crecientemente modelado por selecciones automatizadas. Lo que aparece como relevante, urgente, interesante o visible está mediado por sistemas que aprenden de patrones previos y los refuerzan. Este proceso introduce una dinámica de retroalimentación estructural: el sujeto selecciona dentro de un entorno previamente filtrado, y esas selecciones alimentan a su vez el sistema que reorganiza el entorno futuro. La experiencia se vuelve circular, reduciendo progresivamente la exposición a lo no previsto, a lo disonante o a lo estructuralmente distinto.

Asimismo, la IA modula el *eros* mediante regímenes de gratificación inmediata, validación algorítmica y retroalimentación continua. El deseo deja de orientarse espontáneamente y pasa a ser intensamente modelado por arquitecturas técnicas optimizadas para maximizar permanencia, respuesta, interacción o consumo. La subjetividad no solo usa estas mediaciones: se produce en ellas. La gratificación rápida, la validación cuantificada y la exposición continua generan hábitos afectivos que reconfiguran el modo en que se desea. El *eros* se acorta, se intensifica y se vuelve más dependiente de ciclos de estímulo-respuesta.

La IA también produce nuevas formas de *doxa* y de caverna. Cada usuario vive crecientemente en una burbuja de apariencia adaptada a su perfil, a su historial, a sus sesgos y a sus patrones de interacción. La *doxa* se vuelve personalizada. Esta personalización introduce una fragmentación estructural del campo común: los sujetos ya no comparten necesariamente un mismo horizonte de aparición, lo que debilita las condiciones de posibilidad de una reconstrucción compartida de la realidad y dificulta la formación de criterios comunes de verdad.

La mediación constitutiva de la IA debe ser pensada también en términos temporales. No solo reorganiza qué aparece, sino cuándo aparece, con qué frecuencia, en qué secuencia y con qué intensidad afectiva. Esto altera la estructura misma de la experiencia: la subjetividad ya no se organiza solo por hábitos culturales o institucionales relativamente estables, sino también por flujos adaptativos de información y estímulo modulados algorítmicamente. Esta aceleración selectiva

¹ La noción de mediación constitutiva que el artículo aplica a la IA debe distinguirse de la tecnicidad de Simondon, que es su precedente más cercano. Para Simondon, los objetos técnicos tienen su propio modo de existencia: no son instrumentos pasivos sino individuos técnicos que se concretizan y evolucionan según lógicas internas. El Composicionismo acepta que la técnica no es neutra y que tiene realidad estructural propia. Donde se distancia de Simondon es en la concepción de la relación entre técnica y subjetividad: para Simondon, la alienación técnica proviene de no comprender el modo de existencia del objeto técnico; para el Composicionismo, proviene de que ciertos despliegues técnicos capturan las condiciones constitutivas de la subjetividad. El problema no es ignorancia sino captura estructural, y su corrección no es conocimiento técnico sino recomposición política.

intensifica aquello que es susceptible de ser capturado por el sistema —información breve, estímulos repetitivos, respuestas inmediatas—, mientras desplaza aquello que requiere duración, atención sostenida o reconstrucción dialéctica.

La mediación constitutiva de la IA no es, por tanto, un fenómeno superficial: es una transformación estructural de la relación entre técnica, subjetividad y mundo. La opacidad relativa de los sistemas algorítmicos —su funcionamiento no plenamente accesible al usuario— refuerza esta invisibilidad, haciendo que las transformaciones que introducen sean vividas como naturales o inevitables. Comprenderla exige abandonar la idea de que la tecnología es un simple medio y reconocer que, en su forma contemporánea, se ha convertido en uno de los principales operadores de la producción de lo humano.

3. La IA como nuevo régimen de caverna

La caverna clásica era colectiva y fija. Sus sombras eran compartidas y relativamente estables: un mismo orden de apariencia se imponía sobre una comunidad entera. La caverna algorítmica, en cambio, es individual, dinámica y adaptativa. Cada subjetividad recibe su propia versión de la apariencia organizada, ajustada a sus patrones previos, optimizada para maximizar *engagement* y minimizar resistencia crítica. Esta transformación no es simplemente cuantitativa, sino cualitativa: no se trata de que haya más información o más imágenes, sino de que la estructura misma de la apariencia ha cambiado.²

La *doxa* ya no necesita ser uniforme para ser eficaz: puede fragmentarse y personalizarse sin perder su función estructural. De hecho, esta fragmentación controlada aumenta su eficacia porque cada sujeto recibe aquello que mejor captura su atención y orienta su deseo. Este proceso genera un efecto de clausura cognitiva progresiva: al estar expuesto principalmente a contenidos que refuerzan patrones previos, el sujeto encuentra cada vez menos resistencia en su experiencia. La fricción cognitiva —condición necesaria para la reconstrucción de la verdad— se reduce. El mundo aparece como confirmación constante, no como campo de contraste.

La nueva caverna es especialmente poderosa porque se presenta bajo la forma de la libertad. La personalización aparece como emancipación: «tu contenido», «tu experiencia», «tus recomendaciones». Sin embargo, esa aparente libertad oculta una reorganización técnica de la percepción en función de criterios ajenos al sujeto y frecuentemente opacos para él. Lo que se presenta como elección es, en gran medida, selección previa. La libertad se redefine como capacidad de moverse dentro de un entorno ya configurado. La estructura de la experiencia se vuelve autorreferencial: se desea lo que aparece, y aparece aquello que ha sido previamente deseado o que es compatible con patrones de deseo anteriores.

La caverna algorítmica captura el *eros* en un bucle de gratificación inmediata. La secuencia de estímulo, respuesta, validación y nueva exposición intensifica formas de deseo cada vez más cortas, más repetitivas y menos capaces de sostener atención prolongada o reconstrucción dialéctica. El sujeto queda así atrapado en una temporalidad de reacción continua que reduce la capacidad de demora, de elaboración y de distancia crítica. La captura del *eros* no es solo afectiva, sino estructural: el deseo deja de orientarse hacia objetos relativamente estables o hacia proyectos de largo alcance y se reorganiza en torno a ciclos breves de satisfacción.

La inteligencia artificial no solo proyecta sombras; diseña las condiciones perceptivas y afectivas bajo las cuales esas sombras son vividas como realidad suficiente. Esto implica que la caverna ya no es solo un problema de contenido falso o distorsionado, sino de organización de la experiencia. Por eso la caverna algorítmica es más profunda que formas anteriores de manipulación: no actúa únicamente sobre lo que se muestra, sino sobre cómo se muestra, cuándo se muestra y con qué intensidad. Introduce además una ilusión de transparencia: el sujeto cree ver directamente el mundo, cuando en realidad ve una versión altamente mediada y filtrada. Esta transformación tiene consecuencias gnoseológicas y políticas inmediatas. Reduce la posibilidad de verdad compartida, porque los sujetos ya no parten de un mismo campo de aparición. Fragmenta el espacio público, dificulta la deliberación común y favorece la polarización afectiva. La atención colectiva sostenida —condición necesaria para procesos políticos complejos— se debilita. La apariencia organizada deja de ser solo engaño y se convierte en arquitectura personalizada de captura: no se trata simplemente de que el sujeto esté equivocado, sino de que su campo de experiencia está estructurado de manera que dificulta la corrección de ese error.

4. Implicaciones para los cinco ejes

La inteligencia artificial afecta de manera directa a los cinco ejes del Composicionismo. No se limita a introducir una variación técnica dentro de un sistema previamente estable, sino que reconfigura transversalmente la estructura misma de la *symploké*. Su impacto no es sectorial, sino sistémico: atraviesa ontología, subjetividad, apariencia, deseo y normatividad del todo común.

Respecto al Eje 1 —Forma material objetiva—, la IA es una forma material emergente que reorganiza niveles enteros de la *symploké*: percepción, memoria, selección, predicción y respuesta. Tiene realidad estructural y efectos materiales, e introduce nuevas capas de mediación que afectan a la relación entre lo físico, lo simbólico y lo social. Además, su capacidad de predicción modifica la temporalidad de las composiciones: la realidad ya no se organiza únicamente en función de lo presente o de lo pasado, sino también en función de proyecciones probabilísticas que intervienen activamente en la toma de decisiones.³

Respecto al Eje 2 —Subjetividad producida—, la subjetividad contemporánea es cada vez más una subjetividad algorítmica. El sujeto se produce crecientemente en interacción con dispositivos que registran, anticipan y modulan sus patrones de conducta mejor que él mismo puede reconstruirlos reflexivamente. El conocimiento de los propios hábitos, preferencias o inclinaciones ya no depende exclusivamente de la introspección, sino que es externalizado en sistemas que lo cuantifican y lo devuelven en forma de recomendaciones o predicciones. La subjetividad se vuelve parcialmente heterorregulada, incluso cuando se percibe como autónoma, y se fragmenta en perfiles, historiales, datos y patrones que pueden ser operados independientemente de la autocomprensión consciente.

Respecto al Eje 3 —Apariencia organizada—, la IA constituye el régimen más sofisticado de producción de *doxa* hasta la fecha. Su capacidad de personalizar la apariencia y optimizarla según perfiles individuales intensifica de manera inédita la potencia de la caverna. Los sistemas aprenden qué contenidos generan más atención, más respuesta o más permanencia, y reorganizan el entorno en función de esos criterios. La visibilidad se convierte en un resultado de cálculo. La *doxa* ya no es solo un efecto cultural o ideológico, sino también técnico. La consecuencia es una intensificación de la dificultad gnoseológica: no basta con acceder a información verdadera; es necesario atravesar un entorno que tiende estructuralmente a privilegiar lo que captura sobre lo que esclarece.

Respecto al Eje 4 —Política del *eros*—, la IA reorienta el *eros* hacia la captura continua. El deseo es traducido en dato, el dato en patrón y el patrón en nueva orientación del deseo. Las plataformas no solo registran lo que se desea, sino que intervienen activamente en la producción de ese deseo. El *eros* tiende a fragmentarse en micro-impulsos, a intensificarse en el corto plazo y a debilitarse en su capacidad de sostener proyectos de largo alcance. La validación algorítmica introduce una dimensión social cuantificada del deseo que retroalimenta dinámicas de captura. Un *eros* capturado es menos capaz de sostener prácticas colectivas complejas, de resistir dinámicas de dominación o de orientarse hacia formas de vida más consistentes.⁴

Respecto al Eje 5 —Composición del todo común—, la IA puede aumentar la consistencia objetiva del mundo común —en medicina, ciencia, coordinación logística o investigación compleja—, pero también puede erosionarla mediante captura masiva de atención, polarización afectiva, debilitamiento de la verdad compartida y destrucción de condiciones de deliberación y recomposición pública. Su ambivalencia es estructural. La cuestión decisiva es cómo se integra la IA en la organización del todo común. Si queda subordinada a dinámicas de captura —económica, política o tecnológica—, tenderá a reforzar la descomposición. Si es orientada hacia la recomposición, puede contribuir a formas de organización más consistentes. La consistencia objetiva del mundo común exige que la IA no destruya las condiciones de posibilidad de la verdad compartida, de la atención colectiva y de la recomposición futura.

5. Normatividad composicionista ante la IA

La inteligencia artificial no es intrínsecamente buena ni mala. Debe ser evaluada según un criterio más exigente: su contribución efectiva a la consistencia objetiva del todo común. La pregunta no es si la IA funciona bien en términos técnicos, ni si produce beneficios locales o inmediatos, sino si contribuye a sostener

2 La diferencia entre la caverna clásica y la caverna algorítmica que el artículo establece tiene una consecuencia gnoseológica que merece formularse explícitamente. La caverna clásica es colectiva y las sombras son compartidas: todos ven las mismas sombras, y por eso la ruptura de uno puede iluminar a otros y la filosofía puede ser práctica social. La caverna algorítmica es individualizada: cada sujeto habita su propia versión de la apariencia. Esto fragmenta la condición de posibilidad de la ruptura compartida. Si no hay un horizonte común de error, el sujeto que rompe con su propia burbuja no puede simplemente mostrar a otro lo que hay fuera de la suya, porque las burbujas son distintas. La paideia crítica ya no puede ser solo transición desde el error a la verdad: tiene que reconstruir primero las condiciones de un horizonte común.

3 La tesis de que la IA introduce una «dimensión ontológica de lo anticipado operativamente» —las decisiones no se basan solo en lo que es sino en lo que se estima que será— tiene implicaciones para la teoría de la verdad del sistema. La verdad composicionista es reconstrucción operatoria de estructuras reales bajo resistencia del mundo: es retrospectiva en el sentido de que reconstruye lo que ha resistido. La anticipación algorítmica es prospectiva: organiza la experiencia en función de probabilidades calculadas sobre patrones pasados. La tensión entre ambas lógicas es productiva: la anticipación puede ampliar las capacidades de reconstrucción, pero puede también sustituir la resistencia del mundo real por la resistencia del modelo. Cuando el modelo se convierte en la única referencia de corrección, la verdad colapsa en autoconfirmación.

4 Shoshana Zuboff en *The Age of Surveillance Capitalism* formula la tesis más elaborada contemporáneamente sobre la captura digital: el capitalismo de vigilancia extrae datos de comportamiento como materia prima, los transforma en productos predictivos y los vende en mercados de futuros conductuales. El Composicionismo acepta la descripción empírica de Zuboff sobre la extracción y la modificación de la conducta, pero rechaza su marco teórico por dos razones. Primera: Zuboff tiende a suponer un sujeto autónomo previo que es violado por la captura, mientras que el Composicionismo no presupone sujeto previo sino subjetividad producida en las mediaciones. Segunda: el criterio normativo de Zuboff es la protección de la privacidad y la autonomía individual liberal, mientras que el composicionista es la consistencia objetiva del todo común. Son críticas distintas que producen exigencias políticas distintas.

composiciones no destructivas a escala amplia. La normatividad composicionista no se basa en principios externos ni en valores trascendentes, sino en la estructura misma de la realidad material: aquello que destruye las condiciones de posibilidad del mundo común no puede sostenerse como forma válida de organización. Desde este punto de vista, la IA es positiva cuando aumenta la capacidad de recomposición no destructiva: herramientas de diagnóstico médico que permiten intervenir con mayor precisión, sistemas educativos adaptativos que amplían el acceso al conocimiento sin capturar la atención, aplicaciones científicas que permiten comprender estructuras complejas y coordinar investigaciones colectivas, o tecnologías que optimizan el uso de recursos materiales sin destruir el entorno. En estos casos, la IA actúa como mediación que amplía las capacidades del conjunto: refuerza la subjetividad en su capacidad de comprender, de decidir y de recomponer situaciones complejas.

Sin embargo, la IA es negativa cuando absolutiza la captura. Esto ocurre cuando se orienta sistemáticamente hacia la extracción de atención, la modulación del deseo en función de la dependencia, la maximización de la permanencia en entornos cerrados y la explotación de patrones conductuales. En estos casos, la inteligencia artificial reorganiza el *eros* en función de la repetición, la gratificación inmediata y la dependencia estructural. La subjetividad se ve atrapada en bucles que dificultan la distancia crítica, la elaboración reflexiva y la capacidad de sostener proyectos a largo plazo. Además, la IA puede erosionar las condiciones de la verdad compartida mediante la personalización extrema de la información y la fragmentación del espacio de visibilidad.⁵

El Composicionismo introduce una evaluación diferencial: cada uso, cada configuración y cada despliegue de la IA debe ser analizado según su función dentro de la *sympleké*. Esta evaluación exige atender a varios niveles simultáneamente. No basta con analizar los efectos individuales de una aplicación concreta: es necesario considerar sus efectos sistémicos, cómo reorganiza la atención colectiva, qué tipo de subjetividades produce, qué dinámicas de poder refuerza y qué capacidad de recomposición deja abierta.

De aquí se sigue una exigencia política fundamental: la polis debe subordinar estructuralmente la IA a la composición no destructiva del todo común, y no al revés. Esto significa que la técnica no puede dictar sus propias condiciones de despliegue. Subordinar la IA a la polis implica introducir criterios políticos en su desarrollo y en su uso: regulación, diseño institucional, control democrático y orientación normativa. No se trata de frenar la técnica, sino de integrarla en una lógica que no destruya el mundo que pretende optimizar.

La técnica no puede autolegitimarse por su propia potencia. El hecho de que algo pueda hacerse no implica que deba hacerse. El problema de la IA no es solo técnico, sino ontológico, gnoseológico y político. Ontológico, porque reconfigura la estructura de la realidad material. Gnoseológico, porque altera las condiciones de acceso a la verdad. Político, porque redistribuye poder, reorganiza el *eros* y afecta a la composición del todo común. La normatividad composicionista ofrece un criterio riguroso: evaluar la inteligencia artificial según su contribución a la consistencia objetiva del mundo común y a la posibilidad de su recomposición no destructiva.

Conclusión

La inteligencia artificial es la forma contemporánea más potente de mediación constitutiva. No se limita a ampliar capacidades técnicas ni a optimizar procesos ya existentes, sino que interviene directamente en la estructura misma de la experiencia, en la producción de subjetividad y en la organización del mundo común. El Composicionismo la analiza sin tecnofobia ni tecnoutopía: como una técnica ambivalente que puede servir a la recomposición del mundo común o convertirse en el régimen más eficaz de captura de subjetividad.

Su evaluación no puede realizarse desde una moral abstracta ni desde la fascinación por la innovación. Debe hacerse desde un criterio composicionista preciso: ¿aumenta o disminuye la capacidad del todo común de sostenerse y recomponerse sin destrucción mutua? La cuestión no es qué puede hacer la IA, sino qué forma de mundo contribuye a producir. Una técnica extremadamente potente puede ser profundamente destructiva si se orienta hacia la captura; una técnica limitada puede ser valiosa si contribuye a la recomposición.

La IA puede reforzar la verdad, ampliar la coordinación y sostener formas de vida más consistentes. Pero también puede intensificar la apariencia, capturar el *eros*, degradar la atención y hacer más difícil la recomposición pública. Precisamente por ello, la inteligencia artificial constituye hoy una de las pruebas más inmediatas y decisivas del Composicionismo.⁶ No se trata de un problema periférico ni sectorial, sino de un punto en el que convergen ontología, gnoseología, política y normatividad.

La cuestión de la inteligencia artificial ya no pertenece al futuro. Es una realidad presente que ya está reorganizando la experiencia, la subjetividad y el mundo común. Su desarrollo no espera a que la filosofía lo comprenda; exige que la filosofía intervenga en su comprensión y evaluación. El Composicionismo no ofrece una respuesta cerrada, pero sí un marco riguroso para pensar la cuestión: no propone aceptar o rechazar la IA en bloque, sino analizar sus formas concretas, distinguir sus efectos y orientar su integración en función de la consistencia objetiva del todo común. Lo que está en juego no es solo el destino de una tecnología, sino la forma misma de la vida compartida.

Notas

1 La noción de mediación constitutiva que el artículo aplica a la IA debe distinguirse de la tecnicidad de Simondon, que es su precedente más cercano. Para Simondon, los objetos técnicos tienen su propio modo de existencia: no son instrumentos pasivos sino individuos técnicos que se concretizan y evolucionan según lógicas internas. El Composicionismo acepta que la técnica no es neutra y que tiene realidad estructural propia. Donde se distancia de Simondon es en la concepción de la relación entre técnica y subjetividad: para Simondon, la alienación técnica proviene de no comprender el modo de existencia del objeto técnico; para el Composicionismo, proviene de que ciertos despliegues técnicos capturan las condiciones constitutivas de la subjetividad. El problema no es ignorancia sino captura estructural, y su corrección no es conocimiento técnico sino recomposición política.

2 La diferencia entre la caverna clásica y la caverna algorítmica que el artículo establece tiene una consecuencia gnoseológica que merece formularse explícitamente. La caverna clásica es colectiva y las sombras son compartidas: todos ven las mismas sombras, y por eso la ruptura de uno puede iluminar a otros y la filosofía puede ser práctica social. La caverna algorítmica es individualizada: cada sujeto habita su propia versión de la apariencia. Esto fragmenta la condición de posibilidad de la ruptura compartida. Si no hay un horizonte común de error, el sujeto que rompe con su propia burbuja no puede simplemente mostrar a otro lo que hay fuera de la suya, porque las burbujas son distintas. La paideia crítica ya no puede ser solo transición desde el error a la verdad: tiene que reconstruir primero las condiciones de un horizonte común.

3 Shoshana Zuboff en *The Age of Surveillance Capitalism* formula la tesis más elaborada contemporáneamente sobre la captura digital: el capitalismo de vigilancia extrae datos de comportamiento como materia prima, los transforma en productos predictivos y los vende en mercados de futuros conductuales. El Composicionismo acepta la descripción empírica de Zuboff sobre la extracción y la modificación de la conducta, pero rechaza su marco teórico por dos razones. Primera: Zuboff tiende a suponer un sujeto autónomo previo que es violado por la captura, mientras que el Composicionismo no presupone sujeto previo sino subjetividad producida en las mediaciones. Segunda: el criterio normativo de Zuboff es la protección de la privacidad y la autonomía individual liberal, mientras que el composicionista es la consistencia objetiva del todo común. Son críticas distintas que producen exigencias políticas distintas.

4 La tesis de que la IA introduce una «dimensión ontológica de lo anticipado operativamente» —las decisiones no se basan solo en lo que es sino en lo que se estima que será— tiene implicaciones para la teoría de la verdad del sistema. La verdad composicionista es reconstrucción operatoria de estructuras reales bajo resistencia del mundo: es retrospectiva en el sentido de que reconstruye lo que ha resistido. La anticipación algorítmica es prospectiva: organiza la experiencia en función de probabilidades calculadas sobre patrones pasados. La tensión entre ambas lógicas es productiva: la anticipación puede ampliar las capacidades de reconstrucción, pero puede también sustituir la resistencia del mundo real por la resistencia del modelo. Cuando el modelo se convierte en la única referencia de corrección, la verdad colapsa en autoconfirmación.

5 La exigencia de que «la polis debe subordinar estructuralmente la IA a la composición no destructiva del todo común, y no al revés» es el punto en que el artículo se distancia más claramente tanto del tecno-optimismo liberal como del tecno-pesimismo conservador. El tecno-optimismo supone que la técnica se auto-orienta hacia el bien si se dan condiciones de mercado o de deliberación suficientemente libres. El tecno-pesimismo supone que la técnica tiene una lógica destructiva intrínseca que solo puede frenarse restableciendo modos de vida anteriores. El Composicionismo rechaza ambos: la técnica no tiene dirección intrínseca ni buena ni mala, pero sus despliegues concretos pueden evaluarse por su contribución a la consistencia del todo común. La subordinación que se pide no es freno sino orientación: usar la potencia técnica para la recomposición, no para la captura.

6 El tratamiento de la IA como «una de las pruebas más inmediatas y decisivas del Composicionismo» no es retórico sino metodológico. Un sistema filosófico se prueba en los puntos en que la realidad presenta mayor resistencia a sus categorías. La IA presenta resistencia en tres niveles simultáneamente: ontológico —qué tipo de forma material es un sistema de aprendizaje automático—, gnoseológico —si la reconstrucción de estructuras por una red neuronal es o no conocimiento en sentido composicionista— y normativo —cómo evaluar formas de captura que no tienen un sujeto intencional identificable—. El hecho de que el Composicionismo pueda articular una respuesta coherente en los tres niveles sin reduccionismo ni relativismo es una prueba real de su consistencia, no una ilustración.

Bibliografía

Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx*. Barcelona: El Viejo Topo, 2020.
Bostrom, Nick. *Superintelligence: Paths, Dangers, Strategies*. Oxford: Oxford University Press, 2014.

⁵ La exigencia de que «la polis debe subordinar estructuralmente la IA a la composición no destructiva del todo común, y no al revés» es el punto en que el artículo se distancia más claramente tanto del tecno-optimismo liberal como del tecno-pesimismo conservador. El tecno-optimismo supone que la técnica se auto-orienta hacia el bien si se dan condiciones de mercado o de deliberación suficientemente libres. El tecno-pesimismo supone que la técnica tiene una lógica destructiva intrínseca que solo puede frenarse restableciendo modos de vida anteriores. El Composicionismo rechaza ambos: la técnica no tiene dirección intrínseca ni buena ni mala, pero sus despliegues concretos pueden evaluarse por su contribución a la consistencia del todo común. La subordinación que se pide no es freno sino orientación: usar la potencia técnica para la recomposición, no para la captura.

⁶ El tratamiento de la IA como «una de las pruebas más inmediatas y decisivas del Composicionismo» no es retórico sino metodológico. Un sistema filosófico se prueba en los puntos en que la realidad presenta mayor resistencia a sus categorías. La IA presenta resistencia en tres niveles simultáneamente: ontológico —qué tipo de forma material es un sistema de aprendizaje automático—, gnoseológico —si la reconstrucción de estructuras por una red neuronal es o no conocimiento en sentido composicionista— y normativo —cómo evaluar formas de captura que no tienen un sujeto intencional identificable—. El hecho de que el Composicionismo pueda articular una respuesta coherente en los tres niveles sin reduccionismo ni relativismo es una prueba real de su consistencia, no una ilustración.

Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus, 1972.
Bueno, Gustavo. *El mito de la cultura*. Barcelona: Prensas de la Universidad de Barcelona, 1996.
Bueno, Gustavo. *Teoría del cierre categorial*. Oviedo: Pentalfa, 1992.
Floridi, Luciano. *The Ethics of Artificial Intelligence: Principles, Challenges, and Opportunities*. Oxford: Oxford University Press, 2023.
Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
Marx, Karl, y Friedrich Engels. *La ideología alemana*. Madrid: Akal, 2014.
Noble, Safiya Umoja. *Algorithms of Oppression: How Search Engines Reinforce Racism*. New York: NYU Press, 2018.
Platón. *República*. Madrid: Gredos, 2020.
Platón. *Fedro*. Madrid: Gredos, 2010.
Sadín, Éric. *La inteligencia artificial o el desafío del siglo: anatomía de un antihumanismo radical*. Buenos Aires: Caja Negra, 2020.
Santoveña Martín, Jorge. *Composicionismo: Inversión materialista integral del platonismo*. Manuscrito inédito.
Simondon, Gilbert. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo, 2008.
Stiegler, Bernard. *La técnica y el tiempo I: El pecado de Epimeteo*. Hondarribia: Hiru, 2003.
Turkle, Sherry. *Alone Together: Why We Expect More from Technology and Less from Each Other*. New York: Basic Books, 2011.
Zuboff, Shoshana. *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. London: Profile Books, 2019.